

RUBÉN DARÍO EN ITALIA (SEPTIEMBRE-OCTUBRE DE 1900)

Teodosio Fernández

Universidad Autónoma de Madrid

ABSTRACT

The Hispanic Library of the AECID preserves a valuable collection of documents related to Rubén Darío, almost unanimously ignored by those who have researched the Nicaraguan poet's legacy. These documents include some related to the trip that Darío made to Rome in 1900 as envoy of the newspaper *La Nación* of Buenos Aires, to inform about the Holy Year celebrated back then. Those documents are discussed here. They serve to clarify the details of a trip which had great importance in his life and in his work.

Key words: AECID. Archive. Rubén Darío. Biography. Italy.

RESUMEN

La Biblioteca Hispánica de la AECID conserva una valiosa colección de documentos relacionados con Rubén Darío, casi unánimemente ignorados por quienes se han ocupado del poeta nicaragüense. Entre esos documentos se cuentan algunos relacionados con el viaje que Darío hizo a Roma en 1900 como enviado del diario *La Nación* de Buenos Aires, para informar sobre el Año Santo que entonces se celebraba. Son los que sirven aquí para precisar los pormenores de ese viaje, de notable importancia en su vida y en su obra.

Palabras clave: AECID. Archivo. Rubén Darío. Biografía. Italia.



Fecha de recepción: 2 de noviembre de 2016.

Fecha de aceptación: 30 de noviembre de 2016.

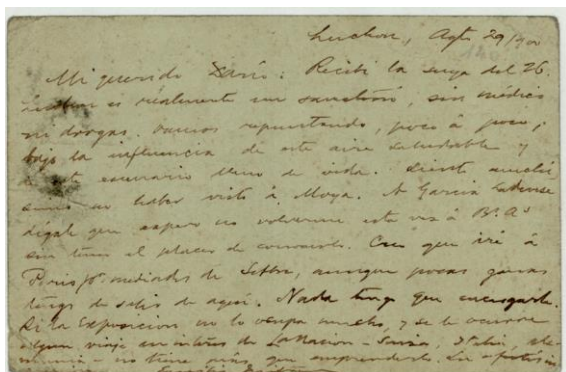
Entre los documentos del Archivo de Rubén Darío custodiados en la Biblioteca Hispánica de la Agencia Española de Cooperación Internacional y Desarrollo (AECID), no son pocos los que pueden contribuir a corregir o precisar las biografías del poeta nicaragüense elaboradas hasta hoy. Aunque algunos se remontan a la etapa de Buenos Aires y otros están relacionados a los meses que Darío pasó en Nicaragua a finales de 1907 y principio de 1908, en su mayoría corresponden a los primeros años del siglo XX, cuando había fijado su residencia en París, centro idóneo para desplazarse hacia el sur (Italia, España, incluso el norte de África) y hacia el norte y el este de Europa (Inglaterra, Bélgica, Alemania), casi siempre como corresponsal del periódico *La Nación* de Buenos Aires, que precisamente lo había enviado a la capital francesa como corresponsal a la Exposición Universal de 1900.

Son diversos los momentos y aspectos de la biografía de Darío que esos documentos permiten abordar. De especial relevancia es el legado que conforman las cartas y tarjetas postales que revelan las relaciones íntimas que mantuvo con Francisca Sánchez desde que el 26 de diciembre de 1900, solo en París, la animara a dejar a la hija común en España y a reunirse con él. Ella era entonces madre reciente de Carmen Darío Sánchez, que pronto habría de fallecer. Pueden seguirse sobre todo las incidencias del embarazo y del nacimiento de su segundo hijo, el inmortalizado por el soneto «A Phocás el campesino», que se llamó o estuvo a punto de llamarse Félix. De los documentos que ayudan a precisar ese aspecto y esos momentos de la vida de Darío tuve ocasión de ocuparme recientemente, así como de varios que mostraban sus relaciones con otros escritores, españoles algunos, como Juan Ramón Jiménez, y sobre todo hispanoamericanos, como Enrique Gómez Carrillo, José María Vargas Vila o Leopoldo Díaz (Fernández, 2016).

En ese Archivo se conserva una relación de gastos elaborada por alguien llamado Esteban Arenillas, sin duda ajustada al viaje que Darío realizó a Italia en el año 1900 y que dio lugar a algunas crónicas publicadas en *La Nación*, luego recogidas al final del volumen *Peregrinaciones*. Ese documento y otros me permitirán ahora reconstruir aquel viaje, matizando o desmintiendo el relato vigente hasta ahora. De nuevo utilizo como referencia fundamental la octava y última edición, «definitiva, corregida y ampliada», de *La dramática vida de Rubén Darío* (2010) de Edelberto Torres Espinosa, «la más completa, la más detallada, la insuperada y quizás insuperable biografía del poeta» (Schmigalle, 2013: 73). En ella consta que Darío visitó Turín, Pisa, Florencia, Roma y Nápoles, para regresar después a París. Los datos proporcionados por Esteban Arenillas obligan a rectificar en gran medida ese itinerario, y la

Biblioteca Hispánica de la AECID proporciona otros documentos que enriquecen las circunstancias en las que el viaje se realizó y las consecuencias que tuvo.

Desde Bagnères-de-Luchon, donde había buscado remedios para sus achaques, Emilio Mitre, entonces director de *La Nación*, escribía el 29 de agosto de 1900 a 29 Faubourg Montmartre para informar a Darío de que se iba recuperando, y de que esperaba ir a París en septiembre. «Si la Exposición no



le ocupa mucho, y se le ocurre algún viaje en interés de *La Nación* – Suiza, Italia, Alemania – no tiene más que emprenderlo». Podemos entender que así empezó a ponerse en marcha aquel viaje, no por imposición del periódico sino por decisión del poeta,¹ cuyo interés por Italia había quedado bien de

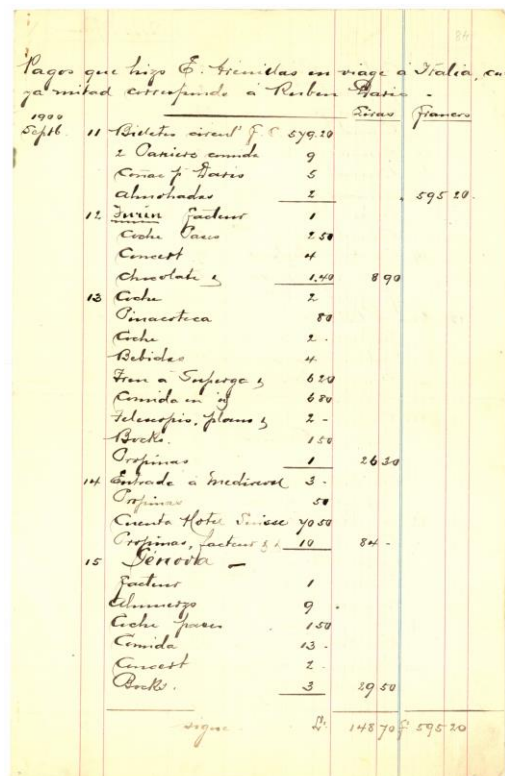
manifiesto mientras visitaba el pabellón de ese país en la Exposición Universal. En el «Diario de Italia» incluido en *Peregrinaciones* son varias las ocasiones en las que hace referencia a Esteban Arenillas, a quien acababa de conocer cuando tomó el tren en París.² La relación de los gastos realizados demuestra que él y Darío compartieron ese viaje, iniciado y concluido en la capital francesa, de donde salieron el 11 de septiembre para estar de vuelta el 1 de noviembre de 1900.

¹ «Escribe a Francisca que *La Nación* le ordena ir a Roma, lo que significa una prórroga de su ausencia», según Edelberto Torres (2010: 435). Probablemente lo había deducido de una carta incluida por Carmen Conde (1964: 18) en su libro sobre las relaciones de Darío con Francisca Sánchez. «Voy en viaje a Roma, que me han ordenado, rápidamente. No tengo más tiempo que para escribirte estas líneas», se lee en esa carta, fechada en Turín el 14 de septiembre de 1900 y custodiada en el Archivo Rubén Darío de la Universidad Complutense de Madrid. Puede verse en Evangelina Soltero Sánchez (2007). En el mismo Archivo se custodia otra carta de Mitre desde Luchon, fechada el 7 de septiembre: «Carta desde Luchon anunciando la entrega de mil francos y dando órdenes literarias», resume Rosa M. Villacastín (1987: 101).

² «Comenzaré diciéndoos, por ejemplo, cómo salí de París en un tren del P. L. M., una alegre noche en compañía de un caballero argentino que me acababan de presentar y que llevaba el mismo itinerario mío» (Darío, 1901: 161). Ese caballero argentino habría de reaparecer en la *Autobiografía* al recordar el viaje a Italia: «El mío fue una excursión rápida de turista. Aproveché la compañía de un hombre de negocios de Buenos Aires, y así tuve siquiera con quien conversar, ya que no cambiar ideas» (Darío, 1912: s. p.).

Tras pasar la primera noche en el tren, el 12 de septiembre llegaron a Turín, la primera ciudad en la que se detuvieron. Entre las cantidades anotadas por Arenillas constan las relacionadas con la compra de *paniers* como los comentados por Darío en su crónica, con la entrada a un espectáculo de *café-concert* y con las visitas a la Pinacoteca y al castillo medioeval construido para la exposición general italiana celebrada allí en 1884, así como los gastos derivados de una excursión a Superga, «una iglesia construida en lo más empinado de la altura, al oriente de Turín» (Darío, 1901: 176), lugar adecuado para contemplar el panorama circundante. No es de extrañar que Arenillas y Darío vieran en los edificios públicos banderas con muestras de luto, determinadas por la llegada de objetos personales del rey Humberto I de Italia, asesinado en Monza el 29 de julio, suceso del que el poeta se había hecho eco en sus crónicas de París. Lo que aquí interesa es que la ascensión que realizaron a Superga tuvo lugar el 13 de septiembre según el primero y el 17 según el segundo, lo que induce a pensar que Darío prefería alterar las referencias temporales con un propósito que al cabo de pocas semanas quedará bien de manifiesto, y que en principio parecía orientado a centrar la atención sobre las informaciones que el cronista creía más relevantes.

Con la inestimable ayuda del catálogo de la Regia Pinacoteca turinesa, dirigida entonces por Alessandro Baudi di Vesme, Rubén ofreció a sus lectores argentinos un rápido resumen de su contenido, sala por sala, lo que apenas le permitió detenerse en pintores como Giovanni Antonio Bazzi, «il Sodoma», y mostrarse generalmente menos atraído por la espiritualidad que por la sensualidad de las figuras (femeninas sobre todo). Obras de Fra Angelico da Fiesole o de Sandro Botticelli también le permitieron evocar a los prerrafaelitas, verdadero centro de su interés por entonces. Atención especial dedicó al recibimiento triunfal que Turín dispuso a Luis Amadeo de Saboya, Duque de los Abruzzos, que regresaba tras la expedición en la que había participado y que en abril de ese mismo año había permitido al capitán Umberto Cagni acercarse al polo norte más que nadie hasta entonces. Darío también dio cuenta de una comida compartida con «el *onorevole* Gianoglio» (Darío,



Pagos que hizo E. Arenillas en viaje a Italia, en compañía de Rubén Darío		Finis Finis	
1900			
Sept 11	Billetes aereal f. 595.20		
	2 Comida comida	9	
	Coma f. Basso	5	
	Ahorros	2	595.20
12	Turín facturas	1	
	Coché Paris	2.50	
	Concert	4	
	Chocolate	1.40	8.90
13	Coché	2	
	Pinacoteca	80	
	Coché	2	
	Rebeldes	10	
	Francia Superga	6.20	
	Comida en J.	6.20	
	Telescopio, plano	2	
	Bollos	1.50	
	Orpina	1	26.30
14	Comida a Mediana	3	
	Orpina	50	
	Cuenta Hotel Suisse	70.50	
	Orpina, facturas	10	80
15	Genova		
	Facturas	1	
	Chambrero	9	
	Coché Paris	1.50	
	Comida	13	
	Concert	2	
	Bollos	3	29.50
	sigue	11	148.70 f. 595.20

1901: 173) —el parlamentario Bartolomeo Gianoglio, destacado político que entonces y desde hacía años era miembro del Consiglio Provinciale en Turín— y otras personas distinguidas: los lectores de *La Nación* estaban especialmente interesados en saber de los personajes ilustres, dondequiera que se encontrasen, y Darío disfrutaba de esas relaciones, más si podía, como en esa ocasión, disfrutar de una *fonduta* y de los vinos adecuados para acompañar ese plato en su versión turinesa tradicional.

Arenillas y Darío siguieron luego a Génova, donde algún día —el 19 de septiembre, a juzgar por la relación de gastos— contemplaron la ciudad desde el bote en el que recorrieron la bahía, en un hermoso atardecer: «Hay una dulzura pacífica e íntima que llama al silencio y al recuerdo. Mi compañero y yo no nos decimos una palabra» (Darío, 1901: 181), escribió el poeta en su diario. El 16 habían ascendido en el aún reciente funicular al elevado barrio alto del Righi, única noticia precisa y de interés que ofrecen las anotaciones de Arenillas sobre la estancia en aquella ciudad. Darío, que quizá empezó ya el día 18 a ocuparse de ella, recuperó los recorridos por Génova y los lugares de interés artístico visitados, con especial atención para el cementerio, que alguna vez le recordó el de la Recoleta de Buenos Aires. El Righi fue para él sobre todo un restaurante donde disfrutar de las ostras y de una soberbia vista de la ciudad con su rada y más allá el mar azul.

El desplazamiento a las afueras de Pisa registrado por Arenillas el 20 de septiembre fue sin duda el que hicieron para asistir a la parada militar presidida por el conde de Turín. Darío se ocupó en su diario de aquellas maniobras de caballería con las que se celebraba el día nacional de Italia, así como de los festejos populares que alegraron la ciudad al anochecer. Arenillas, que ese mismo día deja constancia de la visita al Duomo, anota para el siguiente, el 21, pasajes a Cartuosa (sin duda por Cartosa, la cartuja de Calci), fecha en la que además partirían para Livorno. El lector del «Diario de Italia» comprueba ahora definitivamente que Darío no redactaba sus crónicas de inmediato o no las fechaba cuando las escribía. El deseo de presenciar las maniobras militares mencionadas interrumpía en su relato una prolongada visita al camposanto de Pisa a juzgar por los párrafos correspondientes al día 20 de septiembre, tras los cuales aparecen desde la primera edición de *Peregrinaciones* los asignados al día 18 de octubre, que casi un mes después reanudaban la interrumpida descripción de aquel cementerio con las referencias a los dos frescos donde Guirlanda (Agostino Ghirlanda) dejó su historia de la reina Ester. Quizá esa última fecha sea un error, que la revisión de los números de *La Nación* podría tal vez aclarar. Pero el diario de Darío salta luego al 23 y al 25 de septiembre, fechas ya imposibles para la visita a la Cartosa de Calci datada por Arenillas.

Quizá el poeta terminara de redactar sus crónicas días después de visitar los lugares a los que se refería; al poco tiempo se iría haciendo difícil recuperar la cronología de las experiencias vividas, y a la hora de publicar el volumen cualquier intento de precisarla habría de resultar vano e incluso innecesario.

Darío se mostraba sobre todo interesado en la calidad literaria de su relato y en expresar sus emociones ante la arquitectura de las ciudades que visitaba y ante los tesoros artísticos custodiados en sus iglesias y museos, ayudándose para ello con lecturas previas, simultáneas y posteriores. Su recorrido por Pisa es una muestra excelente de esa conjugación de erudición y emociones que con frecuencia fueron sus crónicas. Frente a los *badauds* decididos a asombrarse a toda costa en la casa de Galileo o ante el Campanile, Darío decidió ser lo que Justo Sierra en su prólogo a *Peregrinaciones* entrevió al mostrar al poeta hispanoamericano, en su viaje a la Europa de la civilización, «como quien *flâne* por un inmenso boulevard» (Darío, 1901: 11), siempre en ejercicio su facultad para percibir lo bello en cualquiera de sus manifestaciones. Sierra y Darío sabían bien que un *flâneur* no era lo mismo que un *badaud*: cualquiera que frecuentara los ámbitos culturales de París conocía directa o indirectamente las diferencias señaladas por Auguste de Lacroix ya en 1841, en *Les*

Pisa - France		Rome	
Date	Description	Date	Description
Sept. 16	Caba a Righi	Sept. 20	Almuerzo
	Principales		Fruto / bebida
	Almuerzo		Tramway a S. Andrea
	Cenida		Almuerzo
17	Almuerzo		Cenida en S. M. de
	Cenida		Cenida en S. Andrea
18	Almuerzo		Bebida
	Caba		Tramway
	Cenida		Bebida en S. M. de
19	En Hotel "S. Andrea"		Almuerzo
	Bebida y propinas		Entrada "S. Andrea"
	Tramway a S. Andrea		Por casa "S. Andrea"
19-20	Tramway		Tramway
	Tramway de S. Andrea		Caba a S. Andrea
	Caba a campo "S. Andrea"		Entrada
	Tramway en S. Andrea		Almuerzo
	Bebida		Tramway S. Andrea
21	Caba		Cenida en S. Andrea
	Tramway a S. Andrea		Cenida
	Tramway		Almuerzo
	En Hotel "S. Andrea"		Cenida
	Propinas y tramway		Fruto / bebida
	Bebidas		Almuerzo y S. Andrea
22	Caba France		Caba
	Caba a S. Andrea		Cenida
	Tramway		Fruto / bebida
	Tramway		Almuerzo y S. Andrea
23	Caba France		Caba
	En Hotel "S. Andrea"		Cenida
	Propinas y tramway		Fruto / bebida
	Almuerzo y S. Andrea		Almuerzo
	Propinas y tramway		Cenida
	Bebidas		Bebidas
	Tramway		Almuerzo

Français peints par eux-mêmes
—«Le flâneur est au badaud ce qu'est le gourmet au gloton, ce que serait [...] Chateaubriand à un rédacteur en échoppe, ou, plutôt, La Bruyère ou Balzac à un paysan de l'Auvergne ou du Limousin arrivé d'hier à Paris» (Lacroix, 1841: 66)—, o

por Victor Fournel en *Ce qu'on voit dans les rues de Paris* desde su primera edición en 1858. En sus reiteradas manifestaciones de desdén hacia los turistas ingleses, «ineludibles andadores, doctores oxfordianos en Bædeker, compradores de pisapapeles de alabastro, o *prigs* que asedian a los primitivos» (Darío, 1901: 176-177), Rubén insistía en dejar constancia de cuáles eran sus afinidades y de la exigencia con que encaraba su tarea de cronista viajero.

El 22 de septiembre, ya en Livorno, Arenillas y Darío hicieron la excursión al santuario de Montenero que consta en la relación de gastos y que Darío recreó en su diario el 28 del mismo mes. El 24, instalados en Roma, disfrutaron del teatro, como harían después en otras ocasiones, pero tienen mayor interés otros datos proporcionados por Arenillas. Sin duda él era el millonario sudamericano «analfabeto, ostentoso y gárrulo» cuyo nombre había olvidado José María Vargas Vila (1917: 27) cuando rememoraba aquellos días en el libro que dedicó a Darío. El colombiano, entonces ministro del Ecuador en Italia, quizá olvidó también que él no había pagado la comida a la que recordaba haber invitado a Rubén —en el restaurante Colonna, para ser precisos— y que compartieron el día 25 de septiembre, si es que fue esa la correspondiente a las 28 liras anotadas por Arenillas. Vargas Vila, que páginas atrás había recuperado los momentos compartidos en París en los días de la Exposición Universal,³ evocó una comida «de intimidad espiritual y deliciosa» (Vargas Vila, 1917: 28), donde descubrió el encanto secreto de un Darío a quien él sorprendía con su ateísmo y su soledad, y más aún con su desdén hacia el oropel propio del cargo diplomático que ocupaba y hacia los círculos del poder político y eclesiástico que parecían seducir al nicaragüense. Lo cierto es que fue el venezolano Ramón Palacio Viso, el “hijo” y amanuense de Vargas Vila, quien con frecuencia acompañó a Rubén en las andanzas por Roma, según confirma su reiterada presencia en las anotaciones de Arenillas, y él fue quien luego dio testimonio de las visitas a las basílicas de San Pedro, de Santa María Maggiore y de San Giovanni in Laterano. A partir de las informaciones recibidas y de sus convicciones personales, Vargas Vila disfrutó recreando con aparente sorpresa o con cinismo las andanzas de un Darío que junto a las «muchedumbres idólatras» vitoreaba a León XIII —«esa momia de cera y talco»— y lloraba al paso de la comitiva «fanática y grandiosa» en la basílica de San Pedro, o en la de Santa María Maggiore seguía «cirio en mano» una procesión, a la vez que escuchaba la plática de un fraile franciscano (Vargas Vila, 1917: 29-30); aún más:

en San Giovanni Laterano, el poeta iba absorto, contemplando los armoniosos ábsides, las volutas atrevidas, las cúpulas oro y azul, cuando sintió sobre su cabeza algo como el rozamiento de un ala;

³ Había conocido a Darío en el apartamento de la rue du Faubourg Montmartre que este compartía con Enrique Gómez Carrillo, y recreaba también con detalles otra reunión donde él se hospedaba, «en casa de una bella y espiritual dama, espejo de todas las elegancias, y de todas las exquisiteces mentales, la señora Smith de Hamilton» (Vargas Vila, 1917: 23).

asombrado, alzó a mirar, y vio que se retiraba lentamente aquello que lo había tocado; era la caña del Pescador, que desde las sombras del confesionario un sacerdote arrojaba al paso de los peregrinos, para llamarlos a la penitencia.

Darío quedó alelado, ante el gesto de aquel pescador de almas;

la caña volvió a tocarlo;

el Poeta juntó las manos, cayó de rodillas, y como un pájaro fascinado por la serpiente, anduvo así hasta el confesionario;

entró en la sombra violeta, y la suave cortina lo ocultó;

cuando se alzó de allí, tenía tal aire de contrición, que daba pena mirarlo; [...] (Vargas Vila, 1917: 30-31)

Eso no iba a impedir que el poeta, en cuanto abandonaron la basílica, dijera «su eterno voto de Cristo sitibundo», su frase sacramental «tengo sed...», y que el delicioso vino de Frascati apagara poco a poco esa sed y «los ardores de su contrición» (Vargas Vila, 1917: 31-32).

En Roma se encontraba también el escritor argentino Enrique García Velloso, quien, como Arenillas y Darío, visitó a León XIII integrado en el grupo de peregrinos llegado de su país con motivo del Año Santo que entonces se celebraba. Ya en París, García Velloso habría de evocar para su compatriota Ángel Estrada aquella visita mientras ambos cenaban en el hotel Capucines, y de manifestar su admiración hacia Rubén por el artículo «El papa blanco» que al salir del Vaticano escribiera ese día para *La Nación* en una *trattoria* próxima a la plaza de San Pedro, mientras él y otros integrantes de la peregrinación almorzaban «macarrones al “gratin”» (García Velloso, 1942: 78). Arenillas consigna otros datos, como la visita al Teatro Costanzi, donde en enero de aquel año se había estrenado *Tosca*, la celebrada ópera de Giacomo Puccini. Las catacumbas en las que estuvieron pueden ser las de San Sebastián (*fuori le mura*), según Arenillas, o San Calixto, según los decepcionados recuerdos de Darío (abunda en ello la referencia a la cripta o tumba de Santa Cecilia), o tal vez unas y otras, próximas y a lo largo de la Via Appia Antica, ambas después de dejar atrás la iglesia del *Domine quo vadis?*, que entonces había hecho famosa el éxito reciente de la novela *Quo vadis?* de Henryk Sienkiewicz.

Por lo demás, Darío bien pudo vivir otras experiencias y visitar otros lugares. En su diario consta la visita a la reconstruida basílica de San Pablo, donde la admiración no ocultó el rechazo de la modernidad fastuosa que aquel templo podía representar. La fascinación ante la magnificencia paganizante de la basílica de San Pedro no consiguió disipar

del todo ese malestar, superado por fin cuando la cercanía del papa despertó los recuerdos que lo transportaron a sus años de infancia y adolescencia, a un tiempo en el que las creencias religiosas tradicionales se mantenían firmes. No habría de olvidar aquella experiencia que le permitió advertir en la multitud de peregrinos «un verdadero y hondo estremecimiento de fe» (Darío, 1901: 246), que no le fue ajeno. También dejó constancia de la ascensión al Pincio, colina adecuada para contemplar la ciudad con sus cúpulas numerosas, y de la visita a Villa Borghese, anotada por Arenillas el 3 de octubre. Darío aprovechó aquel atardecer para recrear una atmósfera encantada donde la naturaleza y el pasado conformarían un espacio de

		Roma	Frascati
Oct. 1:	Cena a m. m. m. m. m. m.	1	
	Bedada "	3	
	Entra "	3	
	Entrada "	6	13
2.	Cena	6.50	
	Comida	6	
	Refresco	2	14.50
3	Almuerzo con Palano	13.50	
	Cena a Villa Borghese	6	
	Comida	8.50	27.50
4	Comida	4.50	
	En Hotel Central	15.00	
	Operinas	8	135.50
5	Comida y vapor		60.40
	Almuerzo		
	Cena	12	30
6	Cena a Campagna	10	
	Almuerzo	11	
	Entra	8	
	Comida católica	9.50	
	Cena plaza	4	
	Farmacia (venta)		42.50
7	Cena a Campagna	3	
	Comida vapor	14.50	
	Comida vapor	60	
	Entra vapor	5.50	
	Comida vapor	20	
	Almuerzo con "	11.50	
	Comida	3	
	Signo 117	35.50	979.05
			595.50

belleza capaz de neutralizar el abominable presente. Por su parte, García Velloso recordaba haberse despedido de él «en Frascati, después del casamiento de la hija de nuestro ministro Moreno con el conde Guicciardini» (García Velloso, 1942: 78), dato para el que no tengo confirmación.

El 12 de octubre Darío se imaginaba en el tren, alejándose de Roma, ocupado en hacer «un inventario de recuerdos» (Darío, 1901: 249). En noviembre seguía aún en aquel tren y en aquella tarea, camino de Nápoles, como si quisiera prolongar indefinidamente aquel viaje para sus lectores argentinos. Esas páginas de su «Diario de Italia» le

permitieron evocar la tarde del Foro y del Coliseo que pasara «perdido entre un dédalo de excavaciones» (Darío, 1901: 250) —sin duda la fechada por Arenillas el 27 de septiembre—, ocasión para exhibir sus conocimientos sobre la legendaria Roma antigua, aprovechando las lecturas que habían enriquecido aquella experiencia o que enriquecían ahora el recuerdo de aquella experiencia; y un enigmático amanecer en las cercanías de Roma, en una barca al amor de la corriente del Tíber, con el desayuno final bajo la parra cargada de uvas que permitía completar la recreación de una atmósfera armoniosa de factura clásica;⁴ y

⁴ En su autobiografía habría de recrear el recuerdo de aquel amanecer en el Tíber, en compañía de Enrique García Velloso: «En la urbe romana tuvimos primero saudades de Buenos Aires, y después nos dimos a la alegría y gozos del vivir. Y tras animados paseos nocturnos, nos fuimos una mañana, en unión del periodista Ettore Mosca, al lugar campestre situado en las orillas del Tíber que se denomina "Acqua acetosa". Allí, en una rústica *trattoria*, en donde sonreían rosadas tiberinas, nos dieron un desayuno ideal y primitivo: pollos fritos en el clásico aceite, queso de égloga, higos y uvas que cantara Virgilio, vinos de oda horaciana. Y las aguas del río,

finalmente, entre otros recuerdos impregnados de melancolía, el de la capilla Sixtina, que, antes de perderse «en un desvanecimiento de ensueño» (1901: 263) con el fin del viaje, había sido el pretexto o el motivo para una reflexión sobre las obras maestras y la contribución de quienes las han visto a su significado, incluso contra la voluntad del artista y la intención inicial de su creación. «Acaso el arte no es una gran tranquilidad sino una gran angustia» (1901: 260), reflexionaba quien en *Prosas profanas y otros poemas* había pretendido crear un ámbito de armonía y de belleza, como anticipando el rumbo que a partir de entonces habían de tomar su vida y obra.

Nápoles fue la última ciudad registrada en el «Diario de Italia», y con precipitación evidente. La relación de Arenillas da cuenta de desplazamientos a Pompeya, a la isla de Capri, a Sorrento, a Castellammare, a Pozzuoli, al lago Lucrino, a la cartuja de San Martino y varias

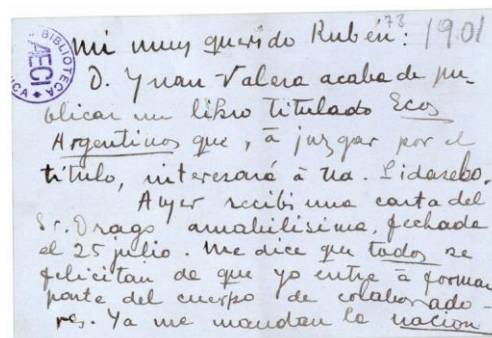
veces a Posillipo, de visita o de paso hacia otros lugares, como el cabo de ese nombre y la tumba supuesta de Virgilio. Darío apenas se refirió a la ciudad vista desde «las alturas que corona el puente de San Telmo» (Darío, 1901: 263), ascensión que sin duda realizaron el mismo día de la visita a la cartuja de San Martino anotada por Arenillas, el 11 de octubre, dada la proximidad de ese monasterio al Castel Sant'Elmo, en la misma colina napolitana. El espectáculo era propicio para evocar el imperio de los Augustos, para recordar a Séneca y a Virgilio, para respirar el paganismo

pasado y presente en una ciudad que aún parecía estar «por Zeus contra el Cristo» (Darío, 1901: 267). El diario concluía allí: «Rubén Darío entró a Italia como se debe entrar, con la devoción ingenuamente pagana de un católico, dispuesto a arrodillarse en los Calvarios convertidos en Tabores, ante los Cristos-Apolos, ante las Madonas-lirios de Angélico, nardos de Boticelli, rosas de ternura de Rafael, de dolor de Dolci; de vida de Andrea del Sarto y de cielo de Bellini», habría de resumir Justo Sierra (Darío, 1901: 15). La obra posterior del poeta revela el profundo significado de ese catolicismo pagano, que era una conjunción pero también un dilema. La experiencia italiana de 1900 resultó sin duda determinante para que Rubén siguiera la deriva que encontraría su concreción mejor en *Cantos de vida y esperanza. Los cisnes y otros poemas*.

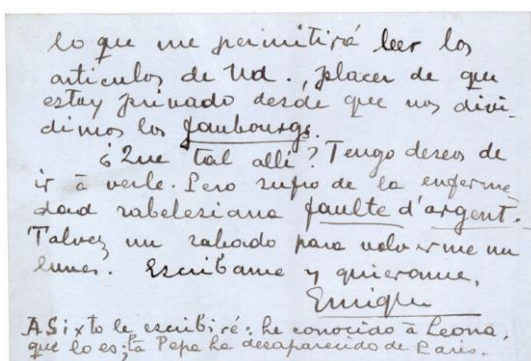
y la viña frondosa que nos servía de techo, vieron naturales y consecuentes locuras» (Darío, 1912: s. p.). Mosca y García Velloso aparecen con un almuerzo en las anotaciones de Arenillas, el 29 de septiembre.

La ruta de regreso incluyó estancias en Florencia, Venecia y Milán, desde donde el 31 de octubre Arenillas y Darío tomaron el tren para París. La primera de esas ciudades merece especial atención: «¡Cómo ansío llegar a Florencia para apacentar mis admiraciones en el foco principal de las obras de Sandro!» (Darío, 1901: 261), escribía Rubén mientras viajaba o se recordaba viajando desde Roma hacia Nápoles. Por razones que ignoro, Edelberto Torres situó la visita del poeta a Florencia en su viaje hacia el sur: el escritor argentino José León Pagano, también pintor, habría ido a buscarlo a Livorno, o a Antignano o a Ardenza (Torres, 2010: 437), lugares o barrios mencionados por Darío al relatar su excursión a Montenero. Quizá dio crédito al relato de Pagano, quien creyó recordar un final precipitado para aquella estancia en Florencia: «Lo dejé en el hotel. Fui más tarde a reunirme con él, como se había dispuesto. Al verlo, me anunció lacónicamente: me marchó mañana a primera hora. Roma me espera. No quiero demorar el viaje» (Pagano, 1943: 274). La memoria pudo traicionar esa recuperación de lo sucedido (habían pasado más de cuarenta años), o bien Darío no le confió sus verdaderos planes.

Desde luego, nadie fue en busca del poeta a Livorno. Pagano se encontró con él en su hotel de Florencia, el Minerva, presumiblemente el mismo que con ese nombre continúa cercano a la basílica de Santa María Novella.⁵ Lo confirman los datos de Arenillas, a quien Pagano parece no haber conocido. De esos datos se desprende que Darío pudo dejar Nápoles antes que su compañero de viaje, en cuyas anotaciones consta una cantidad como cuenta del poeta abonada en el hotel Minerva mencionado, relacionada con los días 19 al 23 de octubre de ese 1900. Otra factura de esas mismas fechas en el hotel Londres de Nápoles parece corresponder únicamente a Arenillas, mientras que ambos parecen haberse reencontrado en el Minerva los días 24 y 25, para salir después hacia Venecia. Los recuerdos de Pagano tampoco parecen fiables al explicar las razones que pudieran amargar la visita de Darío a Florencia. No parece haber sido una de ellas la noticia de que Enrique Gómez Carrillo se había convertido en colaborador de *La Nación*: fue ya avanzado el año 1901 cuando precisamente una carta de Gómez Carrillo le dio noticia de que Juan Valera



⁵ «Rubén me avisaba su arribo con una tarjeta escrita a lápiz: un saludo breve, las señas de su alojamiento y un cordialísimo *le espero para que salgamos juntos*. Se había alojado en un hotelito próximo a la iglesia de Santa María Novella. Corrí a su encuentro. Me recibió en su habitación» (Pagano, 1943: 263).



lo que me permitiré leer los
artículos de Ud., placer de que
estay privado desde que nos di-
vimos los *faubourgs*.
¿Luce tal allí? Tengo deseos de
ir a verle. Pero supe de la enferme-
dad rabelsiaca *faulte d'argent*.
Talvez un trabajo para volverme un
luna. Escríbame y quierame,
Unique
Así to lo recibiré. he conocido a Leona,
que lo es, la Pope ha desaparecido de Paris.

acababa de publicar *Ecos argentinos* y de que el Sr. [José María] Drago, administrador de *La Nación*, le había escrito desde Buenos Aires el 25 de julio de ese año felicitándose porque el guatemalteco empezaba a formar parte del cuerpo de sus colaboradores. Gómez Carrillo decía recibir ya ese periódico, que no había

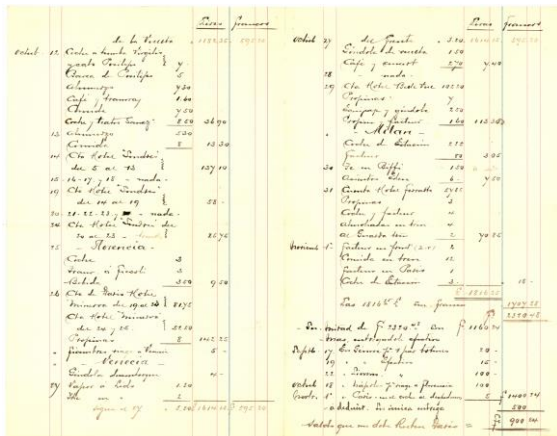
leído desde que dejara el apartamento compartido de Faubourg Montmartre (desde que «nos dividimos los *faubourgs*»), precisaba, aludiendo a su residencia en Faubourg Poissonnière). Parece que su primera colaboración apareció en *La Nación* el 30 de ese mismo mes de julio.

En consecuencia, podríamos situar entre el 18 y el 19 la noche romana en la que Vargas Vila acudió a saludar a Darío, que regresaba en tren de Nápoles, camino de Florencia. En el *buffet* de la estación el escritor colombiano pudo advertir con sorpresa creciente, luego con inquietud y finalmente con impaciencia, que el poeta se abandonaba a la cerveza mientras evocaba los lugares que acababa de visitar, y olvidaba los trenes sucesivos que pasaban, y optaba por comer con su apetito habitual antes de buscar un hotel y abandonarlo enseguida para acudir a lugares que le permitieran seguir bebiendo hasta el amanecer (Vargas Vila, 1917: 32-41). Con el paso del tiempo, Darío habría de reducir a aquella trasnochada sus relaciones con Vargas Vila en Roma, olvidando además que ya se habían conocido en París.⁶ Los días siguientes serían los de la visita a la Florencia artística y monumental, que solo los recuerdos de Pagano permiten recuperar. Aunque también dieran ocasión para temores y extravagancias, esos días al parecer fueron de entusiasmo, de absorción ávida de una ciudad encantada que el poeta comentaría a su compañero «con emoción casi dolorosa» (Pagano, 1943: 264). Entre tanta belleza, dos debieron de ser los motivos en los que centró especialmente su atención: Botticelli, que por entonces despertaba una admiración inusitada —Darío «no dejó de ver ninguna pintura del *divino Sandro*, prefiriendo las de inspiración religiosa a las de asunto mitológico» (Pagano, 1943: 266)—, y los poetas pintores prerrafaelitas ingleses, pues Pagano procuró a Rubén la oportunidad de disfrutar una larga velada en la casa de Antonio Agresti, casado con una sobrina de Dante Gabriel Rossetti,

⁶ «Fuimos íntimos en seguida, después de una mutua presentación, y no siendo él noctámbulo, antes bien persona metódica y arreglada, pasó conmigo toda esa noche, en un cafetín de periodistas, hasta el amanecer; y desde entonces, admirándole yo de todas veras, hemos sido los mejores camaradas en Apolo y en Pan» (Darío, 1912: s. p.).

oportunidad propicia para mostrar sus conocimientos sobre el tema y la fascinación que en él despertaba.

Como Pagano advirtió, de esa visita no quedó testimonio en los escritos de Darío,⁷ ni siquiera en su *Autobiografía*, donde, como ha quedado de manifiesto, el poeta omitió toda referencia a sus relaciones con Vargas Vila anteriores al viaje a Italia y redujo sus contactos a aquella insomne noche romana en la que se habrían visto por primera vez para intimar de inmediato. Como a Vargas Vila cuando llegó el fin de la travesía compartida en Roma,

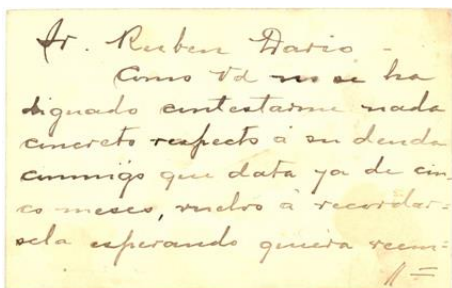


Rubén dedicó unos versos a Pagano al despedirse de él en Florencia. Lo cierto es que el poeta y Arenillas siguieron a Venecia y Milán, de donde salieron para llegar a París el 1 de noviembre. La noche de ese día parece haber sido la que reunió en París a Ángel Estrada y a Enrique García Velloso, quien la fijó en «el día de todos los muertos» (García Velloso, 1942: 77). También pudo

tratarse del día 2, pero lo relevante es que Darío acababa de llegar a la capital francesa, lo que permite dar alguna fe al relato que García Velloso hizo de lo que sucedió cuando, tras cenar con Estrada y asistir con él a un espectáculo de la Comédie Française, regresó al hotel San Sulpicio, donde se alojaba al igual que no pocos españoles e hispanoamericanos de recursos escasos: Emilio Mitre, que en esa fecha ya debía encontrarse en París, entregó cinco mil francos al poeta, y este se apresuró a compartirlos esa misma noche con García Velloso y otros compañeros, dejando el dinero y la gestión de los gastos en manos de un «secretario» que desapareció mientras dormían en *Au Rat qui n'est pas Mort*, hasta donde habían llegado al concluir la parranda. Rubén, que ya habría concertado un costoso almuerzo para sus amigos en ese mismo restaurante, lo lamentó sobre todo porque ya no podría comprar una sombrilla para «una figurina de Tanagra» (García Velloso, 1942: 82), una *Madame* que acababa de conocer y que finalmente tuvo su sombrilla gracias a la aportación sustitutoria de García Velloso.

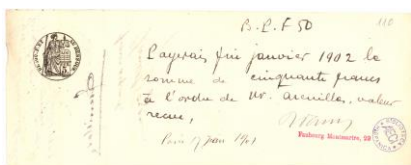
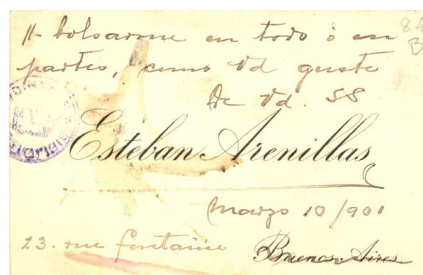
⁷ Cuando en mayo de 1904 volvió a Florencia, Rubén se mostró menos interesado en referir las maravillas de la ciudad que en relatar la ensoñación y los comentarios derivados de su lectura de los versos de *Pequeña ópera lírica*: el artículo dedicado a aquella ciudad en *Tierras solares* (Darío, 1904: 81-192) es en su mayor parte el prólogo que escribió para ese libro de Rufino Blanco Fombona, publicado en Madrid en 1904.

La primera estancia de Darío en Italia había concluido, pero no sus consecuencias. Dos tarjetas de visita conservadas en la AECID permiten conocer el fin de la relación que



había unido a los compañeros de viaje. En la primera, del 27 de enero de 2001, Arenillas reclamaba dos Baedeker de Italia («Central» y «Septentrional») que había prestado a Darío, lo que revela que este no estaba tan lejos de los desdeñados turistas ingleses como su diario inducía a creer. En la segunda, del 10

de marzo del mismo año, Arenillas le pedía que saldara en todo o en partes la deuda que había contraído meses antes con él y que equivalía a 900,24 francos, a juzgar por la suma final de los gastos que había anotado minuciosamente y cuya relación ha servido aquí para reconstruir el viaje.



Varios pagarés conservados en la AECID permiten deducir que el poeta se vio forzado (incluso por vía judicial) a saldar aquella deuda en módicos plazos de cincuenta francos mensuales. Ese fue solo un capítulo más en la sucesión de problemas financieros que insistentemente acosaron a Rubén Darío.



BIBLIOGRAFÍA

- Conde, Carmen (1964): *Acompañando a Francisca Sánchez (resumen de una vida junto a Rubén Darío)*, Managua, Editorial Unión de Cardoza y Cía.
- Darío, Rubén (1901): *Peregrinaciones*, prólogo de Justo Sierra, París, Librería de la Viuda de Ch. Bouret.
- Darío, Rubén (1904): *Tierras solares*. Madrid, Eduardo Williams Editor.
- Darío, Rubén (1912): Véase «La vida de Rubén Darío escrita por él mismo para *Caras y Caretas*», *Caras y Caretas*, año XV, número 738, Buenos Aires, 23 de noviembre de 1912, s. p.
- Fernández, Teodosio (2016): «Apuntes para la biografía de Rubén Darío», *Ínsula*, 838: 18-21.
- García Velloso, Enrique (1942): *Memorias de un hombre de teatro*, prólogo de Ricardo Rojas, Buenos Aires, Editorial Kraft.
- Lacroix, Auguste de (1841): «Le Flâneur», *Les Français peints par eux-mêmes. Encyclopédie morale du dix-neuvième siècle*, tome III, Paris, L. Curmer Éditeur: 65-72.
- Pagano, José León (1943): «Rubén Darío en mis recuerdos (un soneto inédito del poeta)», *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, XII: 249-279.
- Schmigalle, Günther (2013): «La edición crítica de las crónicas de Rubén Darío. Problemas, soluciones y hallazgos», en Rocío Oviedo Pérez de Tudela (ed.): *Rubén Darío en su laberinto*, Madrid, Verbum, 2013: 69-83.
- Soltero Sánchez, Evangelina (2007): «El amante diario: carta de Darío a Francisca», *Anales de Literatura Hispanoamericana*, 36: 153-156.
- Torres Espinosa, Edelberto (2010): *La dramática vida de Rubén Darío*, Managua, Amerrisque, 2010.
- Vargas Vila, José María (1917): *Rubén Darío*, Madrid, V. H de Sanz Calleja.
- Villacastín, Rosa M. (1987): *Catálogo-Archivo Rubén Darío*, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense.

SOBRE EL AUTOR

Teodosio Fernández

Teodosio Fernández es Catedrático de Literatura Hispanoamericana y miembro correspondiente de la Academia Chilena de la Lengua. Principales publicaciones: *El teatro chileno contemporáneo (1941-1973)* (1982), *La poesía hispanoamericana en el siglo XX* (1987); *Rubén Darío* (1987), *La poesía hispanoamericana (hasta el final del modernismo)* (1989), *Los géneros ensayísticos hispanoamericanos* (1990), *Historia de la literatura hispanoamericana* (1995, en colaboración) y *Literatura hispanoamericana: sociedad y cultura* (1998); ediciones de *Huasipungo* de Jorge Icaza (1994), *Garduña* de Manuel Zeno Gandía (1996), *Teoría y crítica literaria de la emancipación hispanoamericana* (1997), *Amalia* de José Mármol (2000), *El criador de gorilas. Un viaje terrible* de Roberto Arlt (2005), *Sin rumbo* de Eugenio Cambaceres (2014) y *El reino de este mundo* de Alejo Carpentier (2014). Ha colaborado en *Cuadernos Hispanoamericanos*, *Revista Iberoamericana*, *Quaderni Ibero Americani*, *Ínsula* y otras revistas, con estudios sobre temas variados, como la narrativa argentina del siglo XIX, el modernismo, los movimientos de vanguardia y el indigenismo, y sobre autores como José Mármol, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Rubén Darío, Pablo Neruda o Jorge Luis Borges. En los últimos años también se ha interesado por las relaciones entre literatura y pintura en Hispanoamérica.

https://www.uam.es/ss/Satellite/FilosofiaLetras/es/1242658884143/1242662631754/persona/detallePDI/Fernandez_Rodriguez_Teodosio.htm

Contact information: Departamento de Filología Española; Facultad de Filosofía y Letras; Universidad Autónoma de Madrid. Despacho IV-315. Teléfono: +34 914974090 E-mail: teodosio.fernandez@uam.es.